

SALOMÉ

Las cenizas de John, el muerto, tenían un color acerado. Salomé las recogió por obligación entre otras tantas obligaciones que tenía escritas en la hoja de cosas por hacer del dieciséis de mayo.

John, el hombre que le vendió su amor a un precio de saldo era un gran vendedor de amores falsos y fue Salomé una compradora compulsiva de amores en rebajas. John le cambió la vida e hizo que ésta diera un giro hacia la oscuridad. Le hizo olvidar qué era sonreír, decoró su existencia de color gris plomo con algún que otro estampado de tono rojizo y morado y ahogó al amor cuando éste todavía se estaba engendrando.

Ahora John estaba muerto. Salomé dudaba, incluso, de que esas cenizas pertenecieran a su marido. Las miraba una y otra vez con recelo. Era difícil imaginar que tanta maldad se pudiera destruir de un modo tan sencillo llevándose el dolor de tantos años. John había muerto, sí, pero seguía todavía instalado en el cerebro de Salomé como si la muerte física no bastara para borrarle de su mapa personal. Se encontraba en un *stand by* entre los *recuerdos-tormento* y unos embriones de ilusión que no se sabía si llegarían a nacer. Salomé razonaba lo justo para no abandonar, de momento, el bando de los cuerdos. No sabía tomar decisiones. John se lo había dado todo bien mascado mezclado con su mala baba. La libertad le quedaba grande. Esa libertad tan repentina no era de su talla. Hacía años que no formaba parte de su día a día y no sabía cómo gestionarla.

Salomé se miró al espejo y aquella mujer que vio reflejada le pareció una extraña. Sintió incluso cierto desprecio hacia ella. En un impulso, cogió sus vestidos y los acortó con unas tijeras. Se puso uno de color amarillo y sintió un escalofrío al ver que el largo del vestido mostraba sus piernas. Se lo quitó con rapidez asustada por si John la veía con esa falda tan corta. Y al momento recordó que John había muerto. Se maquilló el rostro y el miedo volvió a tocarle el hombro. Se lavó la cara por si John la sorprendía con esos labios color carmín. Pero John estaba muerto. Se calzó unos zapatos de tacón alto de cuando era joven y que apenas había podido usar. Un ruido le hizo quitárselos con premura y guardarlos en el armario. “Qué dirá John si me ve con estos zapatos. Me llamará furcia” dijo en voz alta. Y le vino a la cabeza que John estaba muerto.

El destino de la urna era incierto. John no tenía parientes cercanos. Salomé despojada ya de cualquier atisbo de afecto barajó la posibilidad de echar las cenizas al váter o tirarlas a la basura. Si hubiera un contenedor para sinvergüenzas allí irían a parar.

Las cosas que eran John, sus camisas, el bate con el que más de una vez le magulló el cuerpo, su cartera, sus cintas de música, permanecían apiladas en cajas y en bolsas de basura negras.

Salomé, después de beberse casi una botella entera de coñac, cogió el viejo radiocasete de John y como si fuera a poner una cinta, echó las cenizas dentro. Encendió el aparato y empezó a oír la voz de John, su risa, sus jadeos, sus gritos, sus palabras hirientes e incluso percibió su desagradable presencia. Apagó el radiocasete pero la voz de John sonaba aún más fuerte. Lo tiró al suelo y la voz seguía viva. Salió corriendo del salón tapándose los oídos. Se sentía débil y se arrastró como pudo a la habitación. Le costaba respirar. Se dejó caer sobre su cama que olía a podrido, olía a John. Intentó levantarse pero el cuerpo le pesaba como si su esqueleto fuera de hierro. Una intensa apatía la retenía y la agarraba con una fuerza inmaterial y definitiva. Salomé se hundía en las aguas pantanosas de sus recuerdos. De nada servían sus gritos mudos. Su propia historia le estaba quitando el aire y la esperanza no pasaba por allí. Alzó sus brazos esperando que alguien la cogiera fuerte para liberarla de esa ratonera. Sintió, entonces, que unas manos se aferraban a sus antebrazos y tiraban con fuerza de ellos. Una voz cálida, que reconoció como la suya propia, repetía su nombre. Pero esas garras que la mantenían presa en aquella trampa hecha de vivencias corrosivas no la dejaban levantarse y la mantenían bajo esa agua turbia hecha de palabras malsonantes y vejatorias a las que sus oídos se habían acostumbrado. Esa voz del exterior no cesaba de repetir su nombre. Salomé pudo ver el rostro de esa mujer. Era ella con veinte años, cuando los sueños todavía no se habían ennegrecido, que la miraba fijamente y le alentaba para que no se rindiera. En un último esfuerzo, Salomé se irguió, cayó de la cama y quedó tendida en el suelo. El latido de su corazón le decía que la vida aún no la había abandonado y que, poco a poco, se posicionaba de nuevo en su cuerpo. Se puso de pie. Abrió el balcón y respiró profundamente para que el aire le llegara hasta el último recodo de su alma. Cogió una maleta la llenó con cuatro cosas y salió de allí. Tras esa puerta dejaba una parte de su vida que yacía muerta en cada uno de los rincones de esa casa y se llevaba con ella la otra parte con la que comenzar de nuevo. Había vencido al monstruo. El camino que tenía por delante estaba hecho de baldosas de esperanza. Tenía, por fin, la llave para abrir esa cerradura que le impedía pasar al otro lado. Esos sueños adormecidos empezaban a abrir los ojos de nuevo y se metamorfoseaban en realidades llenas de luz. Sus labios volvían a sonreír y la libertad la cogía por el brazo para no abandonarla nunca más.